

INTRODUCCIÓN GENERAL AL TRATADO DE DIOS REVELADO

EL ESPÍRITU INFINITO

Dios, espíritu infinito

Sabemos desde siempre que Dios no es un anciano con barba (parecido a Carlos Marx, como se ha representado con frecuencia, cuando el artista quería mostrar un Dios enfadado). Nos hemos dado cuenta también de que la representación, más compleja, de un anciano de barbas largas, un hombre joven con barba más corta y una paloma, no tiene ningún parecido con la Santísima Trinidad: en todo caso, el artista ha hecho lo que ha podido. Ahora bien, olvidarnos de las representaciones sólo tiene valor si, en su lugar, desarrollamos una idea más precisa de Dios. Si no, dejaremos un vacío en el lugar que ocupaban esas representaciones.

Dios es un espíritu. Una primera aproximación para hacernos una idea de cómo es El, puede ser la de imaginarnos a nosotros mismos sin cuerpo, y ver nuestra alma existiendo y actuando sin él: sin partes, sin ocupar espacio, inmortal, conociendo, amando, ejecutando sus decisiones. Y todas estas cosas pueden decirse también de Dios. Pero nuestra alma no es igual a la de Dios, sino sólo su imagen. Dios es infinito; nosotros, no.

Examinemos el significado de la palabra *infinito*. Procede del latín *finis*, que significa fin, término, límite. El prefijo *in* es negativo. Quiere decir que no hay en Dios nada que suponga un *finis*. No hay en El fin, ni término, ni límite. Posee plenamente cualquier perfección que pueda existir. Apliquemos esta noción a nuestra propia alma: ésta conoce algunas cosas, que no son más que una gota en el océano al lado de aquellas otras que no llega a abarcar: su conocimiento es limitado. Igual sucede con su amor; igual con su poder. En cambio, esos límites no existen en Dios: todo lo conoce, todo lo ama, todo lo puede.

Volveremos sobre esto más tarde, después de haber visto la mayor diferencia de todas: el alma debe su existencia a Dios. El la puso en la existencia, la mantiene en ella, y podría volver a reducirla a la nada (lo que no hará, porque así nos lo ha indicado). El que la propia existencia no dependa de uno es, en realidad, la mayor limitación; es la mayor diferencia entre el espíritu finito, que somos nosotros, y el espíritu infinito, que es Dios.

Bernard Shaw cuenta que una vez le preguntó a un sacerdote: «¿Quién hizo a Dios?» El sacerdote —según dice Shaw— se quedó aturdido, y su fe se hizo añicos. El escritor no cuenta si se suicidó, o si simplemente abandonó la Iglesia. En cualquiera de los casos, la cuestión es simplemente ridícula. Cualquier estudiante de Filosofía la ha oído alguna vez, y sabe que tiene que existir algún ser que no necesite ser creado. Si no existieran más que seres que hubieran recibido la existencia de otros, ¿de dónde provendría su existencia? Para que cualquier cosa pueda llegar a existir, debe haber un ser que no la haya recibido, sino que —simplemente— la tenga. Dios puede conferir la existencia a todos los demás seres, precisamente porque El la tiene «por derecho propio». Forma parte de su naturaleza el existir; no necesita recibir la existencia, porque El es la existencia.

Entendemos ahora el nombre que Dios se da a sí mismo. La historia se encuentra en el tercer capítulo del libro del *Exodo*: Dios se apareció a Moisés en la zarza ardiendo. Cuando Moisés le pregunta su nombre, Dios le responde: «Yo soy El que soy. Por eso, dirás a los hijos de Israel: El que es me ha enviado a vosotros». Ese es el nombre que Dios se da a Sí mismo: YO SOY; para vosotros: EL ES (lo cual se dice en hebreo «Yahveh»). Los judíos, por reverencia, evitaban escribir el nombre completo, escribiendo únicamente las consonantes: **YHVH**. Alguien, en el siglo xiii, equivocó las vocales que faltan y se inventó la palabra «Jehovah». En realidad, tal palabra no existió nunca).

Esta es la verdad más primaria acerca de Dios: El es, existe, con todo lo que la plenitud de la existencia lleva consigo. Profundizaremos en esto más adelante.

Dios, omnipotente y eterno

«¿Dónde estaba Dios antes de que el universo fuese creado?», pregunta a veces el hombre de la calle. Esta pregunta, en realidad, puede dividirse en dos: «¿Dónde estaba Dios cuando no había dónde existir?» y «¿Dónde estaba Dios cuando no había cuándo existir?» En pocas palabras, habría que decir que las palabras *dónde* y *cuándo* no pueden aplicarse a Dios. Pero estoy seguro de que nadie entendería una respuesta tan breve.

«Dónde» quiere decir «en qué sitio»; es decir, «en qué lugar del espacio». Pero Dios es un espíritu puro, y un espíritu no ocupa lugar; sólo los seres materiales precisan de él. Con todo, decimos que Dios está en todas partes. ¿Cómo puede estar, pues, en todas partes, si no está en el espacio?

Escucha con atención: «en todas partes» quiere decir «allí donde están todas las cosas». La frase «Dios está en todas partes» se refiere a que Dios está en todas las cosas. Es evidente que un ser espiritual no está en otras materias como el agua en el vaso. No es ése el sentido al que se refiere la palabra «en». Se dice que un ser espiritual está allí donde actúa, en las cosas que reciben los efectos de su poder. Mi alma, por ejemplo, está *en* todas

las partes de mi cuerpo, no porque se extienda a lo largo de él y cada miembro del mismo tenga su trozo de alma para él, sino más bien porque la energía vivificante del alma llega a cada miembro del cuerpo. Todas las cosas reciben la energía de Dios, que las pone en la existencia y las mantiene en ella, ése es el sentido que se da a la omnipresencia de Dios. El, pues, está en todas partes, y no porque a El le convenga, desde luego. El no necesita de las cosas, sino que las cosas le necesitan a El, de forma acuciante.

Podemos detenernos ahora en la segunda parte de la pregunta que nos hacíamos al principio: «antes de que el universo fuese creado». De la misma manera que «dónde» se refiere al espacio —y Dios no está en el espacio—, «antes» se refiere al tiempo —y Dios tampoco está en el tiempo—.

¿Qué es el tiempo? San Agustín dio una respuesta genial: «Yo sé lo que es el tiempo, siempre que no me lo preguntes». Pero fue más lejos, y lo mismo debemos hacer nosotros: el tiempo es la medida del cambio. Las cosas cambian constantemente, y el tiempo mide esos cambios. Un reloj cuyas agujas no se muevan no nos dará la hora, porque el tiempo mide el cambio. Donde nada cambia, no existe el tiempo. Nuestro Universo material está cambiando constantemente, y el tiempo le pertenece. Dios es inmutable, por lo que el tiempo no tiene sentido en relación con él. Nosotros estamos sujetos al tiempo; Dios está en la eternidad.

Si es la primera vez que se oye esto, puede resultar difícil de entender. No obstante, vale la pena seguir pensando en ello: Dios es inmutable porque es infinito. Tiene todas las perfecciones. No puede perder ninguna, luego no hay pasado en el que las haya podido adquirir, ni tampoco futuro en el que las pueda dejar de disfrutar. Tiene todas las perfecciones en el presente, *un presente que no cambia ni acaba*; en eso consiste la eternidad. El Universo que El ha creado no es así. Las cosas van y vienen. El cambio es constante. *El tiempo y el universo comenzaron a la vez.*

Vamos a fijarnos más en el concepto de eternidad, porque nos será muy útil para conocer más a fondo a Dios. Tú, yo y todos los hombres estamos sometidos al tiempo; lo cual quiere decir que no somos en ningún momento la totalidad de nosotros mismos. Lo que éramos el año pasado y lo que seremos el que viene pertenece a la totalidad de nuestro ser; pero el año pasado ya terminó y el que viene no ha llegado. Es decir, no hay ningún momento en el que esté presente todo nuestro ser. Adquirimos la posesión de nuestro ser —dicen los filósofos— de forma progresiva. No ocurre lo mismo con Dios, que posee todo lo que es en un solo acto de existencia. Eternidad no quiere decir tiempo sin fin, tiempo sin límites por ambos lados, de manera que nunca se llegue al principio ni al fin. La Eternidad no tiene nada que ver con el tiempo: es la total posesión que Dios tiene de sí mismo.

Infinitud, omnipresencia, eternidad..., son conceptos complejos y llenos de contenido, pero no debemos conformarnos con ellos sin volver a *los Evangelios*, donde encontramos al Dios vivo. Allí está Cristo, para que le conozcamos, «al que —como dice San Juan al comienzo de su primera Epístola— hemos visto con nuestros ojos, contemplado y tocado con nuestras manos». El Infinito que estamos estudiando es el mismo que encontramos en los Evangelios, el mismo que recibimos en la Sagrada Eucaristía. Puede venir bien repetir aquí lo que ya dije antes: la lectura del Evangelio debe acompañar la de este libro; sin ella, podemos aprender mucha Teología, pero ésta nunca repercutirá en nuestra propia vida. La lectura de los *Hechos de los Apóstoles*, y —por lo menos— de algunas de las Epístolas de San Pablo (por ejemplo la 1.^a a los Corintios y las Epístolas a los Gálatas, Efesios, Filipenses y Colosenses) deben seguir a la de los Evangelios. Después, la del resto del Nuevo Testamento y — por último— la del Antiguo.

La ciencia, el amor y el poder de Dios

Dios es, como hemos visto, absolutamente inmutable. Esto puede llevarnos a pensar en un Dios estático. Con nuestros esquemas materiales, parece imposible suponer que pueda darse cualquier actividad sin que se dé algún cambio; pero ello se debe, como vamos a tener oportunidad de ver, a que somos finitos.

La primera actividad fundamental del espíritu infinito es el conocimiento; para nosotros, éste lleva consigo numerosos cambios: aprender lo que no sabemos, olvidar lo que sabíamos; en ambos casos, el cambio se debe a nuestra finitud; en el primero, a nuestra ignorancia y, en el segundo, a nuestra falta de memoria. Pero Dios sabe todas las cosas, por el mero hecho de ser quien es, y no es posible que olvide nada. Por lo tanto su actividad cognoscitiva es, al tiempo, ilimitada e inmutable: es Omnisciente.

Su otra actividad fundamental es amar. Para nosotros, el amor supone también cambio, moverse de un lado a otro, hallando nuevos objetos de nuestro amor, desinteresándonos de cosas que antes amábamos. Una vez más, el cambio procede de nuestras limitaciones. La capacidad que Dios tiene de querer, en cambio, es infinita: no hay pérdida posible ni ganancia imaginable en su amor. Dios conoce y ama con una intensidad infinita; y eso no es inmovilidad, sino inmensurable vitalidad.

Dios es también Todopoderoso. Su capacidad no tiene límites. El hombre más poderoso no es capaz de hacer algo de la nada; necesita *alguna* materia prima, sin la cual su capacidad permanecería inactiva e ineficaz. Esta es una limitación seria para nosotros, pero no afecta a Dios: El no necesita materia prima, porque puede crear.

«¿Puede Dios hacer algo tan pesado que no sea capaz de levantarlo?», pregunta el que no cree, pensando que nos ha acorralado: si decimos que sí lo puede hacer, no será capaz de levantarlo; si decimos que *no*, es que Dios no es

capaz de hacerlo. (El lector hará bien en detenerse en este punto y pensar cuál sería su respuesta.) Nuestra respuesta es que Dios puede hacer todas las cosas, pero una contradicción en los términos no es una cosa. Dios no puede hacer un triángulo de cuatro lados, porque los términos se contradicen y anulan; un triángulo de cuatro lados es algo *sin sentido*, no es una cosa, no es nada. Algo tan pesado que el Todopoderoso no puede levantar es tan contradictorio como un triángulo de cuatro lados.

No es nada tampoco. Y —dando un sentido nuevo a un antiguo texto— «*nada* es imposible para Dios».

Dado que Dios es infinito, no hay distinción entre sus atributos y El mismo. Esto es difícil de explicar brevemente, pero lo vamos a intentar. Escojamos el conocimiento, comenzando a partir del nuestro. El conocimiento de algo supone una actividad propia. Pero ésta no se identifica conmigo mismo. Puede no parecernos una limitación, pero lo es, y grande: si yo mismo fuera mi conocimiento, estaría siempre conociendo, por el mero hecho de ser. No tendría que hacer ningún esfuerzo especial para conocer, y nunca olvidaría nada. En cambio, lo que en realidad sucede es que mi conocimiento es inferior a mí mismo. Somos limitados —bien lo sabemos—, pero más limitado es nuestro conocimiento.

Ahora bien, el conocimiento de Dios no está sujeto a tal limitación, ni es separable de El mismo. Si no fuese así —si hubiera una distinción entre su conocimiento y El mismo—, habría algo que faltaría a su conocimiento. En tal caso ya no sería infinito, y tendríamos que enfrentarnos con la idea monstruosa de un Dios infinito con un conocimiento limitado.

Lo mismo podría decirse de todos sus restantes atributos: de igual manera que Dios es la ciencia, es el amor, es la justicia, es la misericordia. Tenemos que considerarlas cosas distintas, para poder pensar sobre ellas, pero en realidad son inseparables de su mismo ser y, por tanto, inseparables entre ellas. Dios es todo aquello que puede atribuírsele. Y estos atributos no quedan como relegados a un segundo plano por ello: el amor de Dios no sería mayor si pudiera distinguirse de Dios mismo, como ocurre con el nuestro.

Es muy difícil que nos hagamos una idea de esto. Pero Dios *debe* ser algo misterioso para los seres que ha creado de nada. Si captas esta idea, y la tienes presente, tu sensación de que los atributos deben ser distintos del propio ser irá disminuyendo; empezarás a «ver» la unidad con que se dan en Dios.

Confío en que tengas ya una idea más clara de lo que Dios es. Si es así, estás preparado para la siguiente cuestión: ¿cómo es la vida de Dios? ¿qué hace con El mismo? En otras palabras, estás preparado para la «gran aventura» de la Santísima Trinidad.

LA SANTÍSIMA TRINIDAD

Tres personas

Dios es un Dios vivo. Pero, ¿en qué consiste su vida? Es difícil entrar en el tema, teniendo en cuenta lo poco acostumbrados que estamos a pensar sobre esta cuestión.

De la misma forma que nos preguntamos qué hace un hombre con su tiempo, podemos plantearnos: ¿Qué hace Dios con su eternidad? ¿Qué hace consigo mismo? Ya que no está permanentemente ocioso, ¿cuál será su ocupación?

Podemos caer en la tentación de decir que gobierna el Universo, y contentarnos con eso. Ahora bien, no podemos pensar que lo hemos dicho todo. El gobierno de un Universo finito no puede ser nunca la ocupación de un ser infinito. El Universo puede parecernos gigantesco a nosotros; pero no a El, que lo hizo de la nada, que no necesitaba haberlo hecho. Podemos suponer que es para El algo marginal, pero no lo más importante. Si alguien dijera que Shakespeare fue un gran actor, no estaría mintiendo; pero olvidaría su labor más importante: la de escritor. Es cierto que Dios gobierna el Universo; pero ésa no puede ser su ocupación *básica*. Entonces, ¿cuál es esa ocupación?

Vamos a concentrarnos en las dos operaciones fundamentales del espíritu: Dios conoce y ama infinitamente. ¿Qué es lo que ama con su infinita capacidad de amar? De modo casi instintivo, tendemos a responder que «el hombre». Y es verdad, gracias a Dios. Pero, por la misma razón que acabamos de ver, es sólo una verdad secundaria. Las criaturas finitas no constituyen un objeto adecuado para el amor infinito, porque no podemos apreciarlo, ni corresponder a él debidamente, y —de nuevo— porque no tiene necesidad de nuestra existencia.

Podemos decir, en cambio, que Dios se ama a sí mismo. Por más que esto arroje una gran luz sobre el teólogo, suele suponer una cierta desilusión para el cristiano medio: la noción de un Dios eternamente solitario, que se ama a sí mismo todo lo que es capaz, no nos impulsa mucho en nuestra vida interior. Y, ciertamente, el hombre ha encontrado casi siempre algo sobrecogedor en ese Dios solitario. Fue precisamente ese temor la causa de que los paganos inventaran tantos dioses; un Dios que tuviera compañeros de su misma naturaleza no resultaba tan sobrecogedor.

Su deseo de encontrar compañía para Dios era —en el fondo— natural; pero la solución que dieron es errónea. Tuvo que venir Cristo Señor Nuestro para revelarnos que Dios no está solo; que existen —dentro de una única naturaleza

divina—, no varios dioses, sino tres personas en un solo Dios. La vida divina consiste en el conocimiento y el amor de las tres personas. Y Cristo Señor Nuestro ha querido que participemos del conocimiento de esa verdad. A medida que avanzamos en la lectura del Evangelio, nos damos cuenta de que el Señor nos va diciendo cosas nuevas acerca de Dios, de las que ya hay insinuaciones y presagios en el Antiguo Testamento, pero no afirmaciones categóricas.

Junto a su insistencia en la unidad de Dios, hay una continua referencia a una cierta pluralidad. Esta no va, por supuesto, en detrimento del monoteísmo más estricto: Nuestro Señor cita el Antiguo Testamento, cuando dice «Escucha, Israel: el Señor tu Dios es el único Dios». Pero hay un nuevo elemento de pluralidad, que —no obstante— deja intangible la unidad. San Mateo (XI, 27) y San Lucas (X, 22) nos transmiten una misma frase: «Nadie conoce al Hijo de Dios sino el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo»: vemos aquí dos personas situadas a un mismo nivel. «Yo y el Padre somos uno» (San Juan X, 30): son dos personas y —sin embargo— son uno .

Al final del Evangelio de San Mateo, sale a relucir una tercera persona, siempre dentro de la unidad: «Bautizándoles en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo». Tres personas, con un solo nombre, y —por tanto— con una sola naturaleza, ya que Dios llama a las cosas de acuerdo con lo que son.

Esta combinación de unidad y pluralidad es mucho más evidente en los cuatro capítulos —XIV a XVII— en los que San Juan nos narra la última Cena. (Cualquiera que esté empezando a tomarse en serio la Teología, debe leerlos una y otra vez; su riqueza es inagotable.) Es especialmente notable en ellos lo que podríamos llamar la «interrelación».

Así cuando el Apóstol Felipe dice: «Muéstranos al Padre» (Jn XIV, 8), Nuestro Señor responde: «Cualquiera que me ha visto a mí, ha visto al Padre».

De modo similar, Nuestro Señor dice que escuchará nuestra oración (Jn XIV, 15), y que su Padre también lo hará (Jn XIV, 23), que El enviará el Espíritu Santo (Jn XVI, 7), y que su Padre también lo hará (Jn XIV, 16).

En la doctrina de la Santísima Trinidad, todas estas afirmaciones encuentran —milagrosamente— su lugar.

La doctrina en esquema

La noción de un Dios en tres personas tiene que ser profundamente misteriosa. No la conoceríamos si Dios no hubiera descornado el velo para que podamos verla. Aún conociéndola, podríamos sentir la tentación de pensar que está demasiado lejos de nuestro entendimiento. Pero no es posible que estemos totalmente a oscuras; Dios no se burlaría de nosotros revelándonos algo que no nos sirva para nada. Puesto que quiere que le conozcamos, debemos corresponder poniendo todo el esfuerzo de nuestra parte para ello.

De acuerdo con su enunciación más sencilla, la doctrina contiene cuatro verdades:

En una única naturaleza divina hay tres personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Ninguna de las personas es otra, sino que cada una es, por completo, ella misma.

El Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios.

No son tres Dioses, sino un solo Dios.

Una vez oí decir a un teólogo —no católico—, cuando alguien le preguntó sobre la Trinidad: «No me interesa el aspecto anecdótico de Dios». En ocasiones, incluso los católicos pensamos que nos enfrentamos con una contradicción matemática, como si estuviéramos diciendo: $3 = 1$. No es así, por supuesto. Estamos diciendo: «Tres personas en una naturaleza». El problema está en que, cuando no darnos sentido a las palabras *persona* y *naturaleza*, tienden a desaparecer, quedándonos sólo con los dos números, como si representaran la verdad suprema de Dios. Debemos, por tanto, entender lo que las palabras «persona» y «naturaleza» significan; así entenderemos el sentido que el tres y el uno tienen.

Los primeros pasos de nuestra investigación sobre la persona y la naturaleza son muy sencillos. Cuando utilizamos la frase «mi naturaleza», queremos decir que hay una persona —«yo»-- que posee una naturaleza. La persona no podría existir sin tener una naturaleza, pero parece que hay que hacer una precisión: la persona posee a la naturaleza, y no viceversa: Decimos «mi naturaleza», no hablamos de «la persona de mi naturaleza» o del «yo de la naturaleza».

Después, vemos que persona y naturaleza responden a dos preguntas distintas. Si nos damos cuenta (a media luz, por ejemplo) de que hay algo en una habitación, preguntamos: «¿Qué está ahí?» Si vemos que es una persona, pero no distinguimos su cara, preguntamos: «¿Quién está ahí?» «Qué» se refiere a la naturaleza; «Quién», a la persona. Hay otra distinción que no requiere ninguna formación filosófica para ser comprendida. Mi *naturaleza* determina lo que puedo hacer. Puedo levantar mi mano, por ejemplo, porque esa acción es adecuada a mi naturaleza humana; puedo comer, reír, dormir o pensar, porque cada una de esas acciones se adecúa a mi naturaleza humana. No puedo poner un huevo, porque eso es propio de la naturaleza del pájaro; si muerdo a un hombre, no le enveneno, porque eso es propio de la naturaleza de la serpiente; no puedo vivir en el agua, porque eso es propio de la naturaleza del pez. Pero, aunque sea mi naturaleza la que determina qué acciones puedo realizar, yo las hago personalmente; la naturaleza es la fuente de nuestras operaciones, y la persona es quien las lleva a cabo.

Aplicando esto al ser de Dios, podemos decir que no hay más que una naturaleza divina, una sola respuesta a la pregunta «¿Qué es Dios?», una sola fuente de las operaciones divinas. Pero son tres los que poseen esa única naturaleza totalmente. A la pregunta: «¿Quién eres?», cada uno de los tres daría su propia respuesta: «el Padre», «el Hijo» o «el Espíritu Santo». Pero a la pregunta «¿qué eres?», los Tres responderían «Dios», porque cada uno de los Tres posee totalmente la misma naturaleza divina, y es la naturaleza lo que determina *qué* es un ser. Puesto que cada uno posee esa naturaleza divina, puede hacer todo lo que es propio de Dios. Puesto que cada uno es Dios, no hay distinción, ni en el ser ni en sus operaciones. Es necesario —de todas formas— precisar aquí dos puntos especialmente.

En primer lugar, las tres personas no se *reparten* la naturaleza divina, que es esencialmente simple y no puede ser dividida: sólo puede ser poseída en su totalidad.

En segundo lugar, las tres Personas son distintas, pero no están separadas. Son distintas, porque cada una es Ella misma; pero no pueden separarse, porque cada una es lo que es por el mero hecho de poseer una misma naturaleza; separada de esta única naturaleza, ninguna de las Tres personas podría existir.

Al principio, el esfuerzo de pensar en todo esto puede parecer arduo e infructífero. Pero sólo al principio: los frutos de la perseverancia son inmensos.

Misterio, pero no contradicción.

La naturaleza única, infinita e indivisible de Dios es poseída totalmente por tres personas; cada una de las cuales, es por lo tanto, Dios; cada una de las cuales es, por lo tanto, capaz de hacer todo aquello que se atribuye al ser de Dios. Si aplicamos seriamente nuestro entendimiento a esta suprema Verdad, podemos encontrar dos dificultades: Puede parecer inconcebible —o, incluso, una contradicción en los términos— que una naturaleza pueda ser poseída por tres personas.

Puede darnos la impresión de que si el Padre es Dios, el Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios, hay tres Dioses, y no uno.

Hay que prestar atención a cada una de estas dificultades.

Tomemos primero la aparente contradicción de que tres personas tengan una sola naturaleza. Si pensamos en los términos persona y naturaleza, refiriéndolos a nosotros mismos, parece claro que una naturaleza sólo puede ser poseída y utilizada por una persona: Ahora bien, esta aparente claridad procede de una visión superficial. Es verdad que somos conscientes de una realidad en nosotros —naturaleza— por lo que somos *lo que* somos, y otra realidad también en nosotros —persona o yo— por la que somos *quienes* somos. Pero no somos capaces de ver con certeza si son realmente dos realidades o dos aspectos de una misma realidad.

No es nada fácil verse tal y como uno es: tenemos una noción vaga de nuestra naturaleza, y más vaga aún de nuestra persona. Si alguien nos dice: «háblame de ti mismo», hablaremos de nuestras cualidades o de las cosas que hacemos, pero no del yo que posee esas cualidades o hace esas cosas. Sabemos que hay un yo, pero no acertamos a enfocarlo. Tanto en lo que se refiere a la naturaleza que poseo, como a la persona que soy, hay más oscuridad que luz.

Por ello, a pesar de que nuestra experiencia nos diga que una naturaleza sólo puede ser poseída por una persona, no **podemos** pretender con honradez que sabemos lo suficiente de la naturaleza y de la persona —ni siquiera en el hombre— como para afirmar que una-a-una sea la única relación posible entre ambas. Por lo que se refiere al Ser infinito, no tenemos ninguna experiencia; si Dios nos dice que en El hay tres personas, no hay razón para ponerlo en duda, sino que debemos sencillamente tratar de entenderlo.

Vayamos ahora a por la objeción —más común entre los ateos inteligentes— de que si cada una de las tres personas es Dios, entonces habrá tres Dioses. Tal vez el modo más rápido de mostrarles la falacia de lo anterior sea tomar la frase «tres hombres». Pedro, Juan y Miguel son tres personas distintas, cada una de las cuales posee una naturaleza humana. Hasta aquí el paralelo con la primera afirmación es completo: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son tres personas distintas, cada uno de los cuales posee una naturaleza **divina**.

Pero hay una diferencia. Pedro, Juan y Miguel tienen —cada uno— su propia dotación de naturaleza humana. Pedro no conoce con el entendimiento de Juan; Juan no ama con la voluntad de Miguel; cada uno tiene las suyas. La frase «tres hombres», por tanto, quiere decir tres personas distintas, cada una de las cuales con su propia naturaleza humana, con los caracteres propios del hombre.

La frase «tres Dioses» sólo podría, entonces, significar tres personas distintas, pero cada una con su propia naturaleza divina, con los caracteres propios de Dios. Pero no es así: poseen una sola naturaleza divina; hacen lo que los tres hombres no podían hacer: conocen con el mismo entendimiento, aman con la misma voluntad. Son tres personas, y cada una es Dios. Pero son un Dios, no tres Dioses.

Si esto fuera todo, estaríamos en condiciones de afirmar —por lo menos— que no vemos contradicción en la doctrina de la Santísima Trinidad. Pero probablemente podríamos decir **que** no conseguimos ver más allá. Que nos digan que la infinita, naturaleza divina —ya de por sí bastante misteriosa, para nosotros— es poseída por tres entes aún más misteriosos, nos deja en la oscuridad más completa. Sólo conociendo los caracteres de las personas empezaremos a ver crecer la luz.

Debemos, con la ayuda de Dios, llevar a nuestras mentes la noción del infinito acto de generación por el que Dios Padre engendra al Hijo, y la noción de la infinita unión en el amor por la que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. Con ello, nos habremos acercado un poco más a la respuesta de la cuestión que nos ocupa: ¿en qué consiste la vida de Dios?

LA INTELIGENCIA HUMANA Y LA DOCTRINA SOBRE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

El misterio

Ya que la Trinidad constituye el misterio supremo de nuestra religión, puede ser éste un buen momento de aclarar nuestro concepto de «misterio»; el misterio no es una verdad de la que no podamos saber nada, sino una verdad sobre la que no podemos saberlo todo.

El primer paso es ver su razón de ser, para lo cual —gracias a Dios— no hay que ser especialmente perspicaz. Cuando nuestra inteligencia se enfrenta a otra superior a ella, los procesos y los resultados de la mente superior deberán envolver en el misterio a la inferior. No podremos entender cómo la otra mente llega a esos resultados, de los que sólo comprenderemos una parte. Pero eso no significará que rechacemos sus conclusiones. Si estamos en nuestro sano juicio, nos alegrará que haya en el mundo inteligencias superiores a la nuestra; ¡qué pobre sería el futuro del mundo si no fuera así; qué mundo tan pobre si tu inteligencia o la mía fuesen las más brillantes!

Supuesta la existencia de Dios, está claro que Sus caminos serán más distintos a los nuestros que los de Einstein o Shakespeare, y que por más que las inteligencias de éstos superen a las nuestras, nunca podrán compararse con la inteligencia infinita. De la misma manera que no merecería la pena leer a un Shakespeare que entendiéramos totalmente, un Dios que entendiéramos totalmente no sería Dios, y no nos serviría para nada. Del océano de luz intelectual que es la mente de Dios, nosotros sólo percibimos resplandores y destellos mínimos, que parecen inmensamente luminosos en nuestra pobre oscuridad. Pero sería un grave error confundirlos con la totalidad del océano, y una gran tontería desear que lo fuesen.

Cuando estudiamos a Dios, empezamos en la oscuridad, sin saber nada; vamos descubriendo luego la luz, y nos regocijamos en ella, para volver a encontrarnos enfrentados con la oscuridad, pero una oscuridad muy distinta a la primera, una oscuridad más luminosa que nuestra propia luz. La experiencia de todos los que se han tomado en serio el estudio de la revelación divina confirma que cuando la mente comienza a enfrentarse con las grandiosas realidades que propone, parece que todo es luz; y sólo cuando se comienza a estar en la luz retorna la oscuridad, que debe existir, puesto que Dios es infinito y nosotros no lo somos. El teólogo encuentra muchas más «dificultades» en la doctrina de la Santísima Trinidad que el que comienza a estudiarla, y lo extraño sería lo contrario. Aún así, no sólo no se desanima por esto, sino que se goza en ello. Uno de los más grandes teólogos inventó la frase *caligo quaedam lux* («la oscuridad es una especie de luz»). Es, al mismo tiempo, menos que la luz y más que ésta; menos, porque presupone el darse cuenta de por qué la mente no llega más lejos: no se encuentra sólo confundida por el misterio, sino también iluminada por él; mayor, por la riqueza de la oscuridad: si la luz que se tiene es tanta, ¿cómo será la oscuridad que resulta demasiado luminosa para los ojos del hombre?

El misterio se nos presenta no sólo como algo que no podemos ver porque la luz es demasiado intensa para nuestros ojos, sino también —y en ocasiones de forma preocupante— como algo aparentemente contradictorio con las cosas que vemos.

Cuando comenzamos a vislumbrar lo que Dios nos ha enseñado a través de su Iglesia, algunos elementos de esa enseñanza son como un desafío para nuestra inteligencia, y algunos otros parecen provocar la rebelión de nuestros sentidos. Hallamos, por ejemplo, la noción del castigo eterno tan dolorosa, que nos parece imposible conjugarla con el amor de Dios; o la doctrina sobre la libertad humana imposible de reconciliar con la omnisciencia de Dios.

La respuesta, desde luego, está en que todos los elementos se armonizan entre sí en su conjunto, y nosotros no vemos ese conjunto. Pero sabemos que Dios no es sólo omnisciente, sino que también es la suprema bondad. Lo que hace y lo que revela es la suprema Verdad y el supremo Amor. Con la confianza que eso nos da, podemos pedirle luces para ver *de qué manera* se manifiesta esa verdad o ese amor; con todo, nuestra confianza no disminuye ni un ápice si esas luces extraordinarias no se nos conceden.

Hacer nuestra la doctrina

Un hombre con una imagen en su mente y amor en su corazón es un hombre, no tres hombres. Dios, que conoce y ama, es un Dios, aunque la Imagen producida por su conocimiento sea una Persona, y la íntima manifestación de su amor sea una Persona; ya que —como hemos visto— la imagen permanece en la mente del que la concibe, y el amor en la naturaleza que ama.

Esta es la respuesta a la pregunta con la que comenzamos el estudio de la doctrina de la Trinidad. En esto consiste la vida de Dios: la corriente infinita de conocimiento y amor entre las tres Personas, que son un solo Dios. La Teología ha formulado esta doctrina como «tres Personas en una naturaleza». Como fórmula, es una obra maestra, uno de los mejores productos del intelecto ayudado por la gracia. Pero, también por ser una fórmula, no da mucha luz ni alimento; hay muchos cristianos para los que «tres naturalezas en una persona» significaría tanto —o tan poco— como lo contrario.

El mínimo estudio que hasta ahora hemos hecho de las relaciones intratrinitarias debería haber sido suficiente para sacarnos de ese estado. La Iglesia tiene mucho más que enseñarnos que lo que hemos dicho hasta ahora —mucho más luz, mucha más oscuridad de ésta que resulta demasiado luminosa para nosotros—; pero ya hemos comenzado a ver el significado de los términos.

Ahora debemos intentar unir todo eso en nuestra inteligencia, y contemplarlo, no como un conjunto de pequeñas partes —persona, naturaleza, procesión, generación, expiración—, sino situando cada una de ellas en el lugar que ocupa en la totalidad de lo que Dios nos ha revelado de Sí mismo. La inteligencia debe hacer suya la idea del Espíritu infinito —que no ocupa espacio, que no tiene límites— que manifiesta el conocimiento que tiene de Sí mismo en el Hijo; y el Padre y el Hijo manifestando el amor que se tienen en un Aliento, en el que se contiene la totalidad de

Su ser.

Tengo la impresión de que a la mayoría de la gente que ha estudiado en serio lo que Dios nos ha revelado de su intimidad, les ha pasado lo mismo que a mí. La primera vez que fui a una conferencia sería sobre la Trinidad, la entendí, me gustó, pero no me sirvió para mucho. Un año después fui a otra, de la que creo entendí bastante, incluso me entusiasmó la perfección intelectual de la estructura de la doctrina, y luego fui capaz de repetir en algunas ocasiones lo que había oído.

Ahora bien, esa doctrina no la había hecho mía en absoluto; no era más que una noción intelectual, algo que podía recordar de vez en cuando, que incluso me entretenía, para volver a almacenada luego en mi cabeza. Tuvieron que pasar uno o dos años más hasta que vino otra serie de conferencias, e hice por fin mía la doctrina. Esto es lo que le ocurre a la mayor parte de la gente: primero hay una respuesta intelectual y luego una aplicación a la vida, hasta que la doctrina acaba tomando posesión de la mente, de forma que ésta se sentiría desolada sin ella.

Fue en la Última Cena —como nos cuenta San Juan— cuando Nuestro Señor reunió todas las afirmaciones que había hecho sobre la pluralidad existente dentro del único Dios, y presentó a sus Apóstoles el contenido global de la doctrina trinitaria. Fue, por tanto, precisamente antes de morir como Hombre, cuando nos habló de la vida inmortal que El vive en el seno de la Divinidad. Fue precisamente antes de entregar su vida humana por nosotros, cuando nos descubrió Su vida divina. Considerando esto, parece inconcebible que alguien pueda decir que nos da igual que en Dios haya Tres Personas o una, o que se pregunte qué ganamos con averiguarlo. Dios-hecho-Hombre nos confió el más íntimo secreto de su vida, y todavía hay quienes, en la práctica, le responden: «Sin duda, todo esto es muy interesante, pero sólo en lo que a Ti se refiere; ¿a mí qué más me da?»

Un cristiano sólo podría decir esto «de hecho», pues decirlo explícitamente resultaría intolerable. La razón suficiente para hacer nuestra la doctrina es que es la verdad acerca de Dios. Con todo, antes de pasar de Dios al mundo que El creó, vamos a hacer un pequeño esfuerzo para mostrar lo que esa doctrina tiene de útil para nosotros.

Dios es amor

Los laicos no solemos prestar mucha atención a la doctrina de la Santísima Trinidad. No hemos respondido, en la mayor parte de los casos, al deseo que Dios tiene de ser conocido, con el deseo de conocerle. Una de las razones más influyentes para ello es que no nos parece que en la doctrina hay algo que pueda sernos útil, desde el punto de vista espiritual.

Esta dificultad es, en principio, la misma que encontramos en cualquier experiencia material. No sabemos lo que la comida significa para nosotros hasta que comemos, o la felicidad del matrimonio hasta que nos casamos. Lo mismo ocurre con nuestra doctrina. Sólo haciéndola nuestra y viviéndola podemos darnos cuenta de lo que nos importa. De todos modos, algunas cosas podemos decir para quien no haya tenido esa vital experiencia. Nos damos cuenta de que Dios tiene un objeto adecuado para Su infinita capacidad de amor. Para nosotros, resulta maravilloso que nos ame; pero, como hemos visto, sería presuntuoso pretender que nosotros somos un objeto adecuado para su amor infinito: no podemos abarcarlo, ni corresponder a él, sino de la manera más pobretona. Es como un hombre en una isla desierta, que no tuviera más que un perro al que amar: no podría quererlo con toda la capacidad de la que es capaz un hombre. El amor sólo puede alcanzar su culmen en el intercambio de cariño con un semejante. Si Dios sólo pudiera amar seres inferiores a El, sería difícil creer que Dios es amor. Pero Dios no está constreñido a amar así, sin encontrar nunca un objeto adecuado a su amor. En el Hijo y el Espíritu Santo, su amor es infinitamente recibido e infinitamente correspondido.

Así, el conocimiento de las tres Personas enriquece nuestra conciencia de lo que significa ser creados a imagen de Dios.

El hombre no es sólo una unidad compuesta de materia y espíritu, creado —en su espíritu y en sus potencias— a imagen del Espíritu infinito. El hombre no puede ser comprendido si se le contempla sólo como una unidad: es un ser social, unido orgánicamente a los demás hombres: no ha sido puesto en la existencia ni se mantiene en ella al margen de los demás hombres. La sociabilidad forma parte de lo más íntimo de su ser. Y ahora sabemos que la sociabilidad forma parte de lo más íntimo del ser de Dios, por lo que también en eso estamos hechos a Su imagen. Contemplando a Dios aprendemos el secreto de la sociabilidad, maravillosamente definido por San Agustín: «Una sociedad es una multitud unida por estar de acuerdo en las cosas que aman»; aprendemos la verdad expresada por Santo Tomás: «Allí donde cada uno busca sus derechos, sólo existe el caos». Porque el secreto de la sociedad divina es la entrega infinita.

A medida que se va dejando que la doctrina tome forma en la mente, vamos encontrando constantemente nuevas respuestas a la pregunta sobre la utilidad que tiene para nosotros el conocerla. Pero aunque no halláramos esas respuestas —que son para nuestro obvio y manifiesto beneficio—, no dejaríamos de tener una razón fundamental para aceptarla y profundizar en ella: que es la Verdad, la verdad sobre Dios. La inteligencia es una de las grandes potencias gemelas del alma. Mientras no le demos el alimento conveniente, nuestra personalidad no se desarrollará. El alimento de la inteligencia es la verdad, y ésta es la verdad suprema del Ser Supremo. Aunque sólo fuera porque es verdad supondría un defecto para la dignidad humana ignorarla; pensar que en Dios hay una sola Persona sería mucho peor que pensar que la Tierra es plana. Todo el mundo vería en esto último una ignorancia intolerable, no por las ventajas que para nosotros tenga el que la tierra sea esférica sino porque sería impropio no saber que lo es. Pues bien, la ignorancia acerca del Ser Supremo es una carencia peor que la ignorancia acerca de cualquier ser inferior que El ha creado de la nada. Para estas verdades *mayores* —como para todas las verdades— rige la regla de que el que sean ciertas es suficiente razón para aceptarlas. Aunque no tuviera ninguna otra ventaja, ésa bastaría.

Pero no podemos seguir hablando de la Santísima Trinidad indefinidamente; una de las alegrías del Cielo será que no nos veremos obligados a tener que pensar en otros temas. Por el momento, sin embargo, debemos empezar a estudiar los seres que Dios ha creado. Antes de hacerlo, debemos resumir: Dios es Trinidad; la Trinidad no es algo añadido a Dios: es el mismo Dios. Si los hombres omitieran la doctrina de la Trinidad, porque no la conocieran, podrían de todos modos hablar de Dios. Pero si, conociéndola, la omiten, ¿cómo podrían hablar de Dios? ¿Cómo podrían hablar *con* Dios?